



Véase Catálogo de la Exposición Bibliográfica e Iconográfica de Diego Barros Arana.
Parte Iconográfica, N° 10.

Homenaje a Barros Arana en el cincuentenario de su fallecimiento

AL CUMPLIRSE el 4 de noviembre del presente año el cincuentenario del fallecimiento de Diego Barros Arana, la Universidad de Chile, por intermedio del Honorable Consejo Universitario, acordó conmemorar el suceso, que tan de cerca afectaba a la Corporación, con un homenaje que tuviera los caracteres de un acontecimiento nacional y americano.

Perteneció Barros Arana a la Universidad durante cincuenta y dos años consecutivos, desde 1855, en que se incorporó como miembro académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades, hasta su fallecimiento, ocurrido como se ha recordado el 4 de noviembre de 1907. En ese tan largo periodo, desempeñó en la Casa Universitaria importantes comisiones. Por un breve tiempo fué Secretario General de la Corporación, y como tal le correspondió, en 1861, leer en Claustro Pleno, para ser publicada más tarde, la Memoria de los trabajos universitarios de ese año. Como Rector del Instituto Nacional (1863-1873), tomó asiento en el Consejo Universitario en su calidad de Delegado de la Enseñanza Secundaria, prácticamente como Director de esa rama de la educación pública. En el espacio de siete periodos diversos, representó ante ese cuerpo a la Facultad de que formaba parte como Decano, desde su primera elección en 1871. Al Consejo de Instrucción Pública, que en virtud de la ley de Instrucción Secundaria y Superior de 9 de enero de 1879, reemplazó al antiguo Consejo Universitario, concurrió Barros Arana como Decano.

Difícilmente se encuentre en la vida universitaria en el espacio de tan dilatada actuación, alguna iniciativa de importancia, cualquiera que sea su alcance, en que la inspiración personal de Barros Arana no esté presente, ya en un plan de enérgico apoyo, ya en uno de combate.

Servicios tan eminentes a la Universidad de Chile, de la que hizo Barros Arana su verdadero hogar, lo llevaron en 1893, por la elección casi unánime del Claustro Pleno, al cargo de Rector. Esta distinción, otorgada al pedagogo e institutor de la juventud de Chile, representaba también el premio a la obra intelectual de Barros Arana como historiador, crítico y erudito.

La larga permanencia de Barros Arana en la Universidad, significó una época a la que dió con su vigoroso espíritu un sello propio. El medio siglo en que se desarrolló su obra es propiamente "la época de Barros Arana". Los cargos que desempeñó, todos de la mayor responsabilidad, de combate, por las innovaciones que introdujo, y de acentuadas tendencias liberales, dirigidas a la laicización de la enseñanza, fueron llenados con una constancia ejemplar, una voluntad de acción inquebrantable y una fe de apóstol en sus resultados y consecuencias. Desde ellos, acometió empresas que marcaron honda huella en la transformación de la educación y de la enseñanza.

Desde el Instituto Nacional realizó profundas reformas en aquellas dos ramas. Fueron concebidas en un sentido integral. Incorporó al plan de estudio de las humanidades las asignaturas de los ramos científicos, y aun a las humanidades, les dió otra orientación más de acuerdo con los resultados de las experiencias pedagógicas. Amplió algunas de estas asignaturas, creando nuevos ramos. Para ellos escribió textos admirables, verdaderamente magistrales, que han circulado en las aulas de los colegios de América, porque se les consideró modelos. Los métodos de la enseñanza fueron revisados, sacándolos de aquellos que preconizaban la memorización, para convertirlos en activos, en que los alumnos pudieran discernir y formar conciencia propia de los conocimientos. Promovió e impuso la formación de profesores especializados en las respectivas asignaturas. Las cátedras, según sus proyectos, debían ser proveídas por medio de concursos públicos. Quería la inamovilidad del profesor en las cátedras obtenidas por oposición. Con un procedimiento semejante consagraba la libertad de ellas y la continuidad del profesor en la enseñanza. Después de treinta años de servicio, establecía la jubilación. Mientras el profesor estuviera en su cargo, le asistiría el derecho de percibir un diez por ciento de aumento del sueldo, cada cinco años, como estímulo a su labor. La medida propuesta tenía por objeto despertar en la juventud el amor por la enseñanza y por ese medio atraerla a la carrera del profesorado.

Las ideas de este proyecto son de 1862, cuando nada existía sobre el particular.

En realidad, los cimientos más profundos en que reposa la educación secundaria en Chile, encuentran en las ideas de Barros Arana su raíz. En el rectorado de la Universidad de Chile completó la reforma, con la implantación del sistema concéntrico y apoyó la creación del Instituto Pedagógico para la formación del profesorado secundario de la enseñanza. Durante su rectorado, ese instituto se incorporó a la Facultad de Filosofía y Humanidades.

El pedagogo, el reformador, el animador cívico de la juventud, el humanista, el orientador de los ramos científicos, participaba de una filosofía sobre la dirección superior de la enseñanza y de la educación en sus tres ramas. Pensaba que sólo al Estado incumbía dirigirla y encauzarla, para formar la unidad espiritual de la nación. Defendió con ardor, con la misma fe muy ardiente que sentía por la enseñanza y la educación, el principio filosófico y constitucional del Estado Docente, consagrado invariablemente por leyes fundamentales, y cuya tuición corresponde a la Universidad de Chile. Las campañas que emprendió en su defensa y los miserables frutos que denunció cuando la doctrina de la libertad de enseñanza fué impuesta, por un momento, en el régimen de estudios en los colegios particulares, hacen parte de la "época de Barros Arana" en nuestra enseñanza.

El hombre que en 1893 el Claustro Pleno Universitario elevó a Rector de la Corporación que presidiera Andrés Bello, era hacia entonces la figura más eminente del país. Era una vida pura y ejemplar. La destacaba una contracción fervorosa al estudio. Señalábase como ciudadano virtuoso y ejemplar. En defensa de las instituciones por su libertad, había sufrido persecuciones y destierros. Un amor acrisolado por el bien público llenaba su acción. Una existencia consagrada a la enseñanza de la juventud, enaltecía su nombre.

Todo eso era lo que representaba moralmente Barros Arana en 1893.

Todavía había sido diplomático, político, hombre de ideales, luchador en un partido. Estos antecedentes se sumaban a otros, a los de su vida intelectual, y de ella desprendíanse ejemplos de sacrificio y abnegación al impulsar su progreso, que la Universidad muestra con orgullo.

En América, Barros Arana, después de Bello, fué el sabio y el Maestro.

La formación intelectual del hombre de letras había sido la misma de Bello, funda-

mentalmente humanística. Sucesor indiscutible del caraqueño en la Universidad, tuvo la suerte de imponer la orientación científica en la enseñanza y propender a la investigación en las cátedras, en un intento de sacar a las Escuelas de las Facultades de un exclusivo profesionalismo. Comprendió que la Universidad estaba llamada no sólo a dar profesionales liberales al país, sino hombres de un tipo especial, formados en la investigación científica y destinados a enriquecer al país con el aprovechamiento y utilización de sus recursos naturales, científicamente explotados. En el rectorado tuvo la visión de esta nueva orientación social y económica de la Universidad y alcanzó a dar algunos pasos en favor de ella.

De lo que fueron sus particulares afecciones intelectuales, aquellas que estaban más en consonancia con su espíritu realista, positivo y escudriñador, las páginas de estos Anales de la Universidad de Chile están llenas. El historiador ocupa el primer plano. El crítico literario se destaca con muy singular relieve. El erudito es autor de estudios originales. La sola labor arrojada en los Anales habría consagrado el nombre de Barros Arana en las letras nacionales. Y el pedagogo se habría destacado como tal, con sólo la consideración en esta revista de sus informes, memorias, dictámenes, y ensayos sobre la educación y la enseñanza. Pero hombre de acción, de combate y de realizaciones, las generaciones de hoy más conocen sus luchas que sus ideas, sus vehemencias que sus construcciones.

El movimiento científico y literario que se generó durante su larga existencia de setenta y siete años —había nacido el 16 de agosto de 1830— y del cual fué actor e impulsador principal, al igual que Lastarria y Amunátegui, después de Bello, se concentró, por una innata atracción natural, en Barros Arana. Desde diversos ángulos lo inspiró. En el de la Universidad fué conductor. En el del periodismo, mentor. En el de las revistas científicas y literarias, consultor y animador incansable. Por su parte, los libros, folletos y artículos que él mismo escribió, mantuvieron el fuego de la conciencia de una obra que estaba llamada a colocar el nombre de Chile entre los pueblos más empeñados en realizar, en América, el progreso moral e intelectual que parecía necesario, para con dignidad hacer entender a las naciones europeas, que alumbraba en Chile un ambiente cultural, donde ya habíanse consolidado las instituciones republicanas. Por ese progreso moral e intelectual del país, por medio de los bienes de la educación, la enseñanza e instrucción; por la consolidación de las instituciones, dentro del régimen de la libertad, Barros Arana batalló denodadamente como un soldado y lo hizo sin descanso en el curso de toda su existencia. La emancipación de las conciencias de los antiguos prejuicios tradicionales religiosos y sociales, fué la parte más dura y agria de la lucha.

Si el educador tiene en la Universidad de Chile un rango singular que hace "su época", por las reformas que le debe, la obra del historiador es también gloria universitaria. Es el primer historiador de Chile, por sus méritos científicos y literarios. El primer libro que escribió, en el cual vació la crónica más completa que hasta entonces habíase publicado, la Historia General de la Independencia de Chile, fué el título que a los veinticinco años, en 1855, le abrió las puertas de la Facultad de Filosofía y Humanidades, al ser elegido miembro académico. Más tarde, la Historia General de Chile publicada en 1884 y terminada en 1902, cuya investigación le demoró cincuenta años y la redacción de los dieciséis volúmenes, dieciocho, concluyó imponiéndolo como el primer historiador de América. En las páginas de esa vasta empresa científica y literaria, tan sobria como fué su vida, tan elegante como fué su estilo, tan animada como fué la palabra del educador, relató la historia de un pueblo, desde sus más lejanos orígenes, hasta su organización definitiva legal en 1833. Bajo la égida de la Universidad aquel monumento había sido concebido.

I

EL PROGRAMA DE CONMEMORACION

Al enterarse pues, el cincuentenario del fallecimiento del Maestro, la Universidad de Chile se encontraba en el deber de conmemorar a uno de sus más altos exponentes. Así lo comprendió el Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, profesor don Guillermo Feliú Cruz. De ella había sido Barros Arana, como se recordó, su miembro académico insigne, y desde ella también impulsó la reforma de la enseñanza. Desde su seno realizó la tarea científica y literaria de que dan cuenta los estudios que se publican en las páginas de este número de los Anales, consagrados a su memoria.

En la sesión del Honorable Consejo Universitario, de 22 de mayo del presente año, el Decano, señor profesor Feliú Cruz, de acuerdo con una moción presentada anteriormente, recordó el fallecimiento de Barros Arana. "Expresó que un hecho tan significativo para la Casa Universitaria no podía pasar inadvertido, porque Barros Arana, sobre ser el primer historiador de Chile y el humanista más destacado, había entregado su vida entera a la enseñanza y al servicio de la Corporación. Varias veces, dijo, fué Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Rector de la Universidad, miembro de este Consejo, reformador de la enseñanza, el introductor de los ramos científicos en ella, autor de textos que gozan de fama en América, e impulsador incansable del movimiento intelectual del país. Todas estas razones, agregó el Decano señor profesor Feliú Cruz, hacen que el cincuentenario de la muerte de Barros Arana no sea sólo un hecho universitario, sino un acontecimiento nacional.

Manifestó el Decano Feliú Cruz haber dado los primeros pasos para la solemnización de un suceso tan señalado. La Facultad de su presidencia tendrá una sesión solemne en la que espera participen el señor Rector y el Honorable Consejo Universitario; habrá sesiones especiales de esta Corporación para destacar, mediante estudios originales, diversos aspectos de la obra del historiador y del maestro. Como Director de los *Anales de la Universidad de Chile*, el Decano le consagrará un número especial. La Biblioteca Nacional, por su parte, en la que se guarda la biblioteca americana de Barros Arana en una sala especial, contribuirá al homenaje con una exposi-

ción bibliográfica de sus libros y manuscritos y con otra Iconográfica de Barros Arana.

En la sesión del 21 de agosto el señor Rector de la Universidad, profesor señor don Juan Gómez Millas, recordó que el 4 de noviembre próximo se cumplían cincuenta años del fallecimiento de Diego Barros Arana, acontecimiento al cual deseaba dar el mayor relieve posible, encomendándole al Decano de la Facultad de Filosofía y Educación su programación. El Decano de esa Facultad, profesor señor Feliú Cruz, informó al señor Rector, profesor señor Gómez Millas, y al Honorable Consejo Universitario, que el anteproyecto de programa estaba ya listo, siendo el mismo, pero más completo que el esbozado en la sesión del 22 de mayo. Querría darlo ahora a conocer al Honorable Consejo para su discusión y, finalmente, para que fuese aprobado a fin de hacer el programa definitivo. Manifestó que lo único que estaba pendiente era una conversación o entrevista con el señor Ministro de Educación Pública con el objeto de determinar la forma en que las Direcciones Generales de Enseñanza Primaria y Secundaria colaborarían al homenaje, como igualmente el Supremo Gobierno. El Honorable Consejo prestó su aprobación al proyecto del Decano profesor Feliú Cruz y lo autorizó para adicionarlo en la forma que lo creyera conveniente. Expresó el Decano que pediría la concurrencia del Departamento de Extensión Cultural para la realización del homenaje, con cuyo Director, señor profesor don Francisco Galdames había ya estado en comunicación, e igualmente con el Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos, señor don Eduardo Barrios. A las Universidades, Academias e Institutos Históricos de América, le serían solicitadas la colaboración en los actos de homenaje.

La Dirección de la Extensión Universitaria tuvo a su cargo la confección del programa, asesorada por el señor Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, colaborando de un modo especial don Viterbo Apablaza, quien cumplió su cometido en forma brillante. Hizo imprimir el programa del cual damos un resumen: Sesión pública del Consejo Universitario y de la Facultad de Filosofía y Educación, el día 4 de noviembre. En este acto pronun-

cieron discursos el señor Rector de la Universidad, profesor señor don Juan Gómez Millas, el Decano de la Facultad, profesor señor don Guillermo Feliú Cruz, y el representante especial de la Academia de la Historia Argentina a los actos conmemorativos, doctor señor don Roberto Levillier. Estos discursos se reproducen a continuación.

La Exposición Bibliográfica e Iconográfica de Barros Arana en la Biblioteca Nacional, auspiciada por este establecimiento y la Facultad de Filosofía y Educación, fué inaugurada por el Decano de la Facultad, en el Museo Bibliográfico. Se exhibieron los libros y folletos de que fué autor Barros Arana y las revistas en que escribió. La exposición bibliográfica en la cual se presentaron los manuscritos de la *Historia General de Chile* fué completísima. Pero la nota más impresionante de la exposición fué la presentación de más de 62 fotografías de Barros Arana en diversas épocas de su vida, todas en un mismo tamaño. La vida del maestro, desde sus primeros años y en diversas actitudes y circunstancias, así públicas como privadas o íntimas, fué exhibida casi de año en año. Por primera vez en Chile se presentaba la existencia de una figura histórica con tan abundante y selecto material iconográfico. La colección de retratos había sido reunida durante largos años de búsqueda por el Conservador de la Biblioteca Americana Diego Barros Arana, profesor don Guillermo Feliú Cruz. El Catálogo de la exposición, que entonces se imprimió en una edición muy restringida, se publica en este número de los *Anales*.

El ciclo de conferencias sobre *Barros Arana, su personalidad y su obra*, se realizó en la sala de la biblioteca del historiador en la Biblioteca Nacional. Fué auspiciado por la Facultad de Filosofía y Educación. Ningún lugar era más apropiado que aquél, que fué arreglado con retratos de Barros Arana, para hablar del Maestro. Las conferencias fueron inauguradas por el Director General de ese servicio, señor don Eduardo Barrios, y comprendieron una semana, la que se llamó, en efecto, la "Semana Barros Arana" en el programa impreso de conmemoración nacional. Disertaron las siguientes personas: señor don Carlos Orrego Barros, sobrino nieto del historiador, *La evolución de las ideas de Barros Arana*; Profesor señor don Julio Molina Müller, *Diego Barros Arana, tratadista didascálico de la literatura*; profesor señor don Humberto

Fuenzalida, *Diego Barros Arana, el geógrafo*; Profesor don Mario Céspedes, *Diego Barros Arana, educador*, y Profesor señor don Guillermo Feliú Cruz, *Barros Arana, historiador*. Los estudios leídos en esta ocasión se insertan en los *Anales*.

Otros organismos docentes de la Facultad de Filosofía y Educación concurren a solemnizar el homenaje. En el Instituto Pedagógico, en el Departamento de Historia, se efectuó una reunión pública de profesores y alumnos, con la asistencia de las autoridades de ese establecimiento. En ella, el señor Jefe del Departamento, Profesor don Mario Góngora, disertó sobre *Barros Arana, historiador de América*; el Profesor titular de la cátedra de Historia de Chile, señor don Guillermo Feliú Cruz, dió una conferencia acerca de *La formación de Barros Arana como historiador*, y el Ayudante de esa cátedra, señor don Alfonso Núñez, desarrolló el tema *La cuestión de límites con Argentina y Barros Arana*. En el Liceo Experimental Manuel de Salas se realizó un acto con la concurrencia de todos los señores profesores y el alumnado, bajo la presidencia de la Directora señorita doña Florencia Barrios, en el que el señor Decano de la Facultad habló sobre la vida y la obra del autor de la *Historia General de Chile*.

La Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, con el fin de ampliar el ámbito del homenaje nacional, radicó el acto en la Escuela de Derecho de Valparaíso. Se efectuó allí una sesión pública solemne, en la cual disertaron el Decano de la Facultad de Filosofía y Educación y el Profesor de Historia Constitucional de Chile de esa Escuela.

La Superintendencia de Educación Nacional realizó una sesión especial para recordar a Barros Arana. Ella fué presidida por el señor Ministro de Educación Pública señor don Diego Barros Ortiz, y contó con la concurrencia de la totalidad de los consejeros. En el acto, que adquirió caracteres muy solemnes, fueron los oradores los señores profesores don Manuel Zamorano, Secretario General, actual Superintendente Subrogante; don Miguel Angel Vega, Director General de la Enseñanza Secundaria; don Humberto Elgueta, Presidente de la Federación de Educadores de Chile. El señor Ministro de Educación hizo un análisis de la personalidad de Barros Arana; el Superintendente Subrogante se refirió al progreso que para el orden científico signi-

ficó el pensamiento de Barros Arana como expresión de ideas avanzadas; el Director de la Enseñanza Secundaria mencionó varios aspectos del educador, y el Presidente de la Federación de Educadores de Chile felicitó a los oradores por la cabal semeblanza que habían hecho de lo que como pedagogo el historiador de Chile había realizado. El Supremo Gobierno se asoció a los actos conmemorativos de la Universidad por intermedio del Ministerio de Educación Pública. En las conversaciones sostenidas por el señor Decano de la Facultad de Filosofía y Educación con el Ministro de Educación, señor don Diego Barros Ortiz, se acordó instruir a las Direcciones Generales de Educación Primaria y Secundaria, que en los establecimientos de su dependencia, en toda la República, el día 4 de noviembre, se dieran lecciones acerca de la personalidad del Maestro en los diversos cursos. Se introdujo en esta ocasión una novedad. Los alumnos de esos establecimientos debían participar personalmente en los actos, leyendo, los más distinguidos, estudios adecuados, trabajados por ellos mismos. Rigurosamente este programa fué ejecutado con verdadero éxito. Estos actos, que envolvían una finalidad patriótica, educacional y cívica, se llevaron a efecto en sesiones públicas, con la concurrencia de los señores profesores, padres de los alumnos y apoderados.

La Escuela Normal Superior "José Abelardo Núñez", a cargo del señor Profesor don Alejandro Covarrubias Zagal, organizó en Santiago una velada para los señores profesores y alumnos egresados de ella, en la que el tema principal de las disertaciones fueron diversos aspectos de las ideas pedagógicas de Barros Arana. En este acto, el Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, que lo presidió, tomó como asunto de su conferencia, *Barros Arana, el estado docente y la libertad de enseñanza*.

Por su parte, la Dirección General de la Enseñanza Secundaria, como rama de la educación que recibió de Barros Arana tan ingentes beneficios con las reformas que la transformaron, dió al cincuentenario un realce muy significativo. Organizó en el Teatro Municipal de Santiago una velada. La señora Directora interina del servicio, Profesora doña Luisa Zamorano, y la señora Visitadora de Liceos, doña Olga Ide, presentaron un cuadro animado y sugerente de la vida del Maestro. El Decano de la Facultad de Filosofía y Educación

puso término a la velada, con un discurso en que destacó a *Barros Arana como voluntad y carácter*. A esta ceremonia concurrió un numeroso grupo de profesores secundarios y delegaciones de todos los liceos de la capital.

Correspondió a los establecimientos de la enseñanza secundaria de Santiago efectuar diversos homenajes que rebasaran las instrucciones ministeriales. Dos de ellos, particularmente, se sintieron obligados a conmemorar el cincuentenario de un modo extraordinario: el Instituto Nacional, del cual fué Barros Arana Rector durante diez años (1863-1873) y en el que implantó las reformas de los métodos y programas, que después fueron generales para todos los liceos del país; programó un acto público en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, al cual concurrió el señor Ministro de Educación Pública, don Diego Barros Ortiz, y en el que habló el señor Rector del establecimiento, Profesor señor don Antonio Oyarzún Lorca; el Profesor don Mario Céspedes, y un egresado del establecimiento. Otro número conmemorativo fué la inauguración de un busto de Barros Arana en la Biblioteca del Instituto, obsequiado al establecimiento por los alumnos de la Academia de Historia. La entrega de este busto, copia del de Virginio Arias, que se encuentra en la sala del Consejo Universitario de la Universidad de Chile, se hizo al señor Rector por el Presidente de la Academia, y el discurso de orden acerca de *Barros Arana, historiador*, corrió a cargo del Decano de la Facultad de Filosofía y Educación. El Decano había abierto para los alumnos de los cursos superiores de ese Instituto un certamen, auspiciado por la Facultad, para premiar, con una suma de dinero, los dos mejores trabajos que se presentaran al concurso. El jurado quedó integrado por el Decano, los señores Profesores don Carlos Grez Pérez y don Mario Céspedes. El jurado se pronunció sobre los trabajos presentados y acordó discernir el primer premio al alumno señor don Federico Svopff, y el segundo, al alumno señor don José Valenzuela Feijoo. La entrega de los premios se llevó a efecto en un acto solemne, en el Salón de Honor de la Universidad. Inició la velada el Decano de la Facultad de Filosofía y Educación. En breves palabras, significó el carácter del premio; habló, a continuación, el ex alumno señor don Guillermo Pérez de Arce, Gerente de la Empresa de "El Mercurio", el más antiguo de los

institutos y discípulo de Barros Arana, quien rememoró el tiempo de la dirección del Maestro. Su actual Rector, Profesor don Antonio Oyarzún, cerró el acto con un discurso. El señor Subsecretario de Educación Pública, Profesor don René del Villar, había leído antes un estudio sobre Barros Arana educador.

El Internado Nacional Barros Arana, que recibió el nombre del historiador a la época de su fallecimiento, llevó a efecto un programa de conmemoración muy variado. Los actos fueron inaugurados por el Ministro de Educación, don Diego Barros Ortiz, ex alumno de ese plantel. La parte académica estuvo a cargo del Subsecretario de ese Ministerio, Profesor señor don René del Villar; del Rector, Profesor señor don Orlando Cantuarias y Valdivieso, y del Diputado señor don Florencio Galleguillos Vera. Del 4 al 9 de noviembre se extendió la "Semana Barros Arana". En las ceremonias de esos días hablaron el ex Rector de la Universidad de Chile, señor Profesor don Juvenal Hernández; don Luis Eduardo Salazar; Profesor señor don Alejandro Díaz Peralta; Profesor señor don Manuel Arratia; don Edmundo Villarreal, y Profesor señor don Raúl del Canto.

Debemos destacar algunas de estas ceremonias. La vitrina expuesta en la casa "Los Gobelinos", organizada por el Internado, con recuerdos del Maestro, hizo sentir al público lo que Barros Arana representó en la cultura chilena. Fué altamente educativa. La exposición bibliográfica, también llamó la atención. La colocación de una ofrenda floral por el personal docente, administrativo y por los alumnos en el monumento de Barros Arana, tuvo caracteres cívicos emocionantes. Lo mismo puede decirse de la otra ofrenda floral en la tumba del historiador, que fué una manifestación espontánea de los alumnos del Internado.

Aunque las instrucciones ministeriales del Despacho de Educación dispusieron la conmemoración del cincuentenario en todos los establecimientos de ambas ramas de la enseñanza, hubo algunos liceos que programaron actos solemnes especiales. En Antofagasta, el Liceo de Hombres y de Niñas hizo una velada de conjunto. Los profesionales amigos de la Universidad de Chile de esa ciudad, también se asociaron. En esta reunión habló el crítico, novelista y poeta, señor don Andrés Sabella. En Santiago, el Liceo N° 1 de Niñas "Javiera Carrera", verificó una sesión, en la que fué

presentado un cuadro vivo, que representaba a la República ofrendando a Barros Arana los agradecimientos por sus servicios a la educación. Este cuadro fué formado por las alumnas del Liceo. La letra de la poesía se debió al escritor Profesor señor don Rafael Coronel y la música a una distinguida alumna del plantel, con excepcionales aptitudes de pianista. Hablaron en el acto el señor don Carlos Orrego Barros, sobrino nieto del historiador, que lo evocó en su vida íntima de hogar y de estudioso, y el Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, Profesor señor don Guillermo Feliú Cruz, quien enfocó a *Barros Arana como impulsador de ideales cívicos*. En el Liceo N° 7 de Niñas "José Toribio Medina", la solemnización fué llevada a efecto por las alumnas por petición de ellas. A cargo de la organización corrió la Academia de la Historia "José Toribio Medina", asesorada por las señoritas profesoras doña Zulema Munizaga y doña Elba Díaz. En la sesión de homenaje habló la alumna, Presidente de la Academia, señorita Carmen Leiser y el Profesor Guillermo Feliú Cruz, Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, cuya disertación fué *La responsabilidad de la educación, según Barros Arana*. El Liceo "Miguel Luis Amunátegui" y el Liceo de Aplicación, hicieron veladas que alcanzaron rasgos propios. En Talca, el Liceo de Hombres, junto con los actos académicos, organizó una exposición bibliográfica. En Traiguén, el Rector del Liceo de Hombres, solemnizó el cincuentenario con una ceremonia pública, y en Osorno, se ofreció un acto igual.

En Concepción, el Departamento de Pedagogía de la Universidad preparó una velada, en la cual habló el señor Profesor don Augusto Vivaldi.

Todavía, en Santiago, el Museo Pedagógico de Chile, dependiente de la Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos, ofreció una valiosa jornada de estudios. Su Director, el señor Profesor don Leonardo Fuentealba, leyó un trabajo intitulado *La personalidad de Barros Arana*, que sirvió de introducción a la conferencia de la señora Profesora doña Amanda Labarca, miembro de la Facultad de Filosofía y Educación, acerca de *Barros Arana, educador*, dividido en cuatro aspectos: La vocación pedagógica de Barros Arana; su actitud ante el problema del Estado Docente; sus textos didácticos, y su influencia en la reforma de los planes y métodos de la educación

secundaria. Contribuyó el Museo Pedagógico de Chile, además, con una exposición bibliográfica de Barros Arana, en la cual se exhibieron, junto con sus textos didácticos, los materiales en uso en la enseñanza hasta el momento de las reformas del Maestro. Esta parte de la exposición alcanzó una extraordinaria novedad por su contenido objetivo para la historia de la pedagogía.

El Rector de la Universidad Técnica del Estado, señor Profesor don Santiago Labarca; el Secretario General de la Corporación, señor Profesor don Horacio Aravena; el cuerpo docente y los alumnos de ella adhirieron a los propósitos del Consejo Universitario y de la Facultad de Filosofía y Educación. Dieron a la fecha de la muerte de Barros Arana el carácter de un acontecimiento nacional. En la Escuela de Artes y Oficios se efectuó una sesión, en la cual habló el Director del establecimiento y el Decano de la Facultad de Filosofía y Educación. El Profesor señor don Guillermo Feliú Cruz dió lectura a un trabajo intitulado: *Barros Arana y la concepción del progreso nacional: humanismo y técnica*.

La Cámara de Diputados rindió homenaje a la memoria de Barros Arana. En la 11ª sesión del jueves 7 de noviembre de 1957, hablaron los señores diputados Poblete, Gaona, Galleguillos y Suárez, en representación de los partidos de avanzada; hicieron su elogio y lo destacaron como un ciudadano de protesta y de lucha, en bien del progreso social y del encauzamiento de la democracia en Chile.

Por último, la prensa de todo el país recordó los servicios eminentes de Barros Arana. El educador, el hombre público y el historiador, fueron exaltados como una de las glorias más puras de Chile. Por su especial tendencia ideológica, es conveniente recordar el editorial de "El Diario Ilustrado", levantado y generoso, que reconoció las altas cualidades morales, las virtudes cívicas sin tacha, los desvelos de Barros Arana por la educación y sus méritos indiscutibles de historiador. La Universidad Ca-

tólica de Chile, la de este mismo nombre de Valparaíso, y la de Valdivia, no participaron en el homenaje nacional, el que alcanzó proporciones americanas.

El cincuentenario tuvo resonancia en Argentina, en la Universidad de Buenos Aires; en el Uruguay, en la Universidad de Montevideo; en Ecuador, en la Universidad de Quito; en Venezuela, en la Universidad de Caracas; en Paraguay, en la Universidad de Asunción; en Costa Rica, en la Universidad de San José; en el Perú, en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, y en otras. La Academia de la Historia de Buenos Aires designó representante ante los actos conmemorativos al distinguido historiador, doctor don Roberto Levillier; el Instituto Histórico y Geográfico del Brasil adhirió a los actos y lo mismo hizo el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.

Tal es el resumen de los actos con que fué conmemorado el cincuentenario del fallecimiento de Diego Barros Arana. En la preparación de los actos del cincuentenario, la Universidad contó con la colaboración de las siguientes personas que estimamos un deber consignar aquí: el Director de la Escuela de Artes Aplicadas, señor Profesor don Vicente Galván y alumnas de ella; la señora Del Canto de Molina; don Viterbo Apablaza, y don Mario Vergara, de la Extensión Universitaria; don Carlos Orrego Barros; señora María Inés Valdivieso Barros de Servoin; señora Carmen Servoin Valdivieso de Orillac; señor Profesor Carlos Stuardo; señor Profesor don Sergio Villalobos; señor don Eduardo Pino Zapata; señor don Juan de Luigi Lemus; señora Julia Parga; señor Ernesto Galliano, Secretario General de la Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos; señor Héctor Fuenzalida, Director de la Biblioteca Central de la Universidad; el Director del Museo Histórico Nacional, señor Leopoldo Pizarro; Director del Departamento de Cinematografía de la Universidad, don Raúl Barrientos, y funcionarios de ese servicio, don Roberto Montandón y don Domingo Ulloa.

II

SESION CONJUNTA EXTRAORDINARIA DEL HONORABLE CONSEJO UNIVERSITARIO Y DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACION, EN 4 DE NOVIEMBRE DE 1957.

A las 18.30 horas, en el Salón de Honor de la Universidad, se efectuó el acto solemne con que la Corporación rendía homena-

je a Barros Arana en el cincuentenario de su fallecimiento. En un sitio destacado, se había colocado el retrato al óleo del Maes-

pensar, pero además el conocimiento de las vías por donde camina desde hace miles de años la cultura humana, esa flecha lanzada al infinito.

Su espíritu de verdadero humanista, que ambiciona el más amplio conocimiento del cosmos, de la vida y del hombre, lo empujó a una curiosidad insaciable; pero, al mismo tiempo, ordenada y útil, puesta al servicio de una posición creadora y en eso se diferenció notablemente del tipo de erudición latinoamericana, tan apreciada en los círculos intelectuales de su tiempo.

Tenía confianza en el poder de la ciencia como fuerza liberadora del hombre, como elemento indispensable para su mejoramiento moral e instrumento necesario para la explotación de la naturaleza, y fué esa idea la que le inspiró su concepción de la Universidad como hogar científico de toda la nación. No era, para él, la única misión de la Universidad "preparar estudiantes" para el ejercicio de las profesiones que, como él mismo lo subraya, era la idea "heredada de la vida colonial... que considera fin único o principal de la instrucción el llegar a poseer un título profesional". En el discurso que pronunció como Rector de esta Universidad con ocasión del quincuagésimo aniversario de su fundación, decía: "Esa preocupación que la Universidad quisiera ver desarraigada, es causa de que el número de jóvenes que en nuestro país se dedican al estudio de la ciencia por la ciencia misma, sea relativamente diminuto. Sin embargo, ese número aumenta paulatina pero incesantemente y, sin duda, las facilidades que ofrece la Universidad tienden a hacerlo más considerable. Hay en nuestros cursos superiores el empeño sostenido de mantenerse al nivel de los últimos progresos y, en este sentido, no se ahorran esfuerzos ni sacrificios". Más adelante agrega: "En este orden, la acción universitaria no debe detenerse ante ningún obstáculo... la ciencia, como sabéis, ha experimentado en los últimos cincuenta años una renovación... radical y completa... Esta renovación científica ha llegado, en muchos puntos, a conclusiones que son hoy verdades evidentes e indiscutibles, y ha llegado, en otros, a principios cuya comprobación y desarrollo buscan millares de sabios, que seguirán abriendo nuevos horizontes".

Muestra más adelante, en el mismo discurso, la íntima relación que existe entre desarrollo científico y progreso económico. Recordaré esas palabras no sólo porque

son verdaderas y válidas, sino porque hoy, como ayer y mañana, deben escucharlas quienes tienen la responsabilidad del manejo de la política general del país. Dice: "La ciencia prepara todos los maravillosos inventos de la industria que desarrollan riqueza pública y aumentan nuestro bienestar. Destruyendo errores de todo orden, habituándonos al trabajo de observación, y enseñándonos a guiarnos por ésta, desarrolla y fortifica nuestra razón, da firmeza y corrección a nuestros juicios, eleva nuestro carácter y enaltece nuestros sentimientos, haciéndonos superiores a las miserias y a las contrariedades de la vida. La ciencia, por fin, más que todas las otras manifestaciones de la actividad humana, engrandece a los pueblos en el presente, ante el consorcio de las naciones, y les conquista para más tarde la gloria en los fastos históricos de la humanidad.

Trabajemos sin descanso para alcanzarla".

Palabras son éstas inmortales, que nos enorgullecen y alientan y señalan a los miembros de esta Universidad, profesores y alumnos, un camino de esfuerzos, de luchas y de gloria inaccesible. Este que acabáis de escuchar es, entre los muchos legados que nos dejó Barros Arana, uno de los más valiosos no sólo por su íntima fertilidad, sino porque luchó por él durante toda su vida y por el que fué sometido a duras contrariedades y pesares. Pero ¿qué importaban las incomprendiones que lo acechaban si sabía que su espíritu estaba ligado, con diamantinos lazos, a la tradición más rica y constante de la humanidad? A aquella que él divisaba en todos los grandes combates del hombre y que en renovados planos seguirá sosteniendo hasta la consumación de los siglos. La confianza en el porvenir humano es lo único que nos sostiene en las horas adversas y así lo pensó y lo dijo. Pero, por otro lado, la investigación científica le proporcionó un deleite suave y dulce y el contacto con los grandes espíritus del pasado y, por encima de todo, la posibilidad de descubrir y de crear, mediante el análisis racional de las cosas y los hombres.

La fe en el porvenir del hombre, que animó todos sus actos, como en todo verdadero historiador, sustentó una concepción prospectiva de la historia. Visión del pasado no sólo es educación del hombre, sino indagación en el futuro, proyectarse y abrir la tarea.

tro, ornado con flores naturales. Concurrieron al acto, el señor Ministro de Educación, don Diego Barros Ortiz; un Edecán de su S. E. el Presidente de la República; el Subsecretario del Ministerio de Educación; el Presidente de la Cámara de Diputados, varios señores Ministros de Estado, representantes del Cuerpo Diplomático, los señores Decanos que componen el Consejo Universitario, los señores Delegados del Gobierno ante este cuerpo, los Directores Generales de la Educación Primaria y Secundaria, el Secretario General de la Universidad, el señor Rector del Instituto Nacional y el del Internado Nacional Barros Arana, los miembros de la Facultad de Filosofía y Educación y descendientes de la familia del historiador. En carácter de representante especial a los actos conmemorativos del cincuentenario, concurrió el señor doctor don Roberto Levillier, delegado extraordinario de la Academia Argentina de la Historia, correspondiente de la Real Academia Española.

El señor Director de la Extensión Universitaria, Profesor don Francisco Galdames, declaró abierta la sesión y explicó el significado del acto, presidido por el señor Rector, Profesor señor don Juan Gómez Millas, y el Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, Profesor señor don Guillermo Feliú Cruz. Ofrecida la palabra al señor Rector, pronunció el siguiente discurso:

SEÑOR MINISTRO, SEÑORES DECANOS, CONSEJEROS UNIVERSITARIOS Y PROFESORES; SEÑORAS Y SEÑORES:

LAMENTA hoy día la Universidad la muerte de su ilustre y venerado Rector don Diego Barros Arana, y se regocija al mismo tiempo recordando sus pensamientos fértiles, sus actos llenos de valor y su personalidad ejemplar en muchos aspectos.

Grande es el hombre que en la vida acepta con serenidad y coraje la tarea a que lo llevó su espíritu; no es el triunfo lo que le da grandeza, sino la voluntad firme y constante de aceptar el desafío y la solidez de la esperanza mientras dura el combate y bueno es que rememoremos con afecto y admiración las pruebas a que fué sometido y las obras que realizó. Así los jóvenes que hoy acuden a nuestras aulas recibirán el estímulo de vidas ejemplares y aprenderán a respetar a aquellos que fundaron nuestra tradición intelectual, dieron forma a nuestra vida universitaria

y alentaron durante su existencia principios e ideales capaces de construir el carácter y la fisonomía de toda la nación y así también nuestro gran educador, don Diego Barros Arana, continuará educando a las renovadas generaciones y animándolas para nuevas y superiores empresas.

La personalidad de Barros Arana se destaca junto a la de los constructores venerados de nuestra educación, de nuestras tradiciones literarias y científicas, tanto más cuanto que debió luchar en circunstancias difíciles, incomprendidos frecuentes y con la indiferencia u hostilidad de grandes sectores de la sociedad a que pertenecía y quería reformar.

No adoptó Barros Arana, frente a la resistencia que oponía la sociedad chilena a reformarse y reformar y mejorar su educación, la actitud fácil de resignarse y esperar la llegada de tiempos más abiertos; porque sabía que esos tiempos halagüeños no llegan si no nos ponemos a prepararlos y no formamos la opinión pública ilustrada que ampare y sostenga las ideas y formas nuevas de existencia histórica. Aprovechó todas las oportunidades para dar las batallas necesarias haciendo de su vida un prolongado y sostenido combate por la responsabilidad estadual de la enseñanza, por su mejor estructuración, por llenarla de un contenido científico y moderno y por métodos de enseñanza más eficaces y correctos. Sabía que cada momento histórico responde a un momento espiritual y que es tarea irrenunciable del espíritu abrir esos momentos históricos superiores; jalar con nuestro esfuerzo las etapas del progreso general, dispersar las nubes que ocultan la realidad y llevar a los hombres felicidad y bienestar.

Tenía Barros Arana una confianza sólida en la capacidad de la educación para servir de palanca de la movilización social, de un progreso evolutivo y, al pensar así, fué leal a los ideales de su tiempo y contribuyó con gran oportunidad a las transformaciones que se iniciaron durante su edad madura y lograron poner en forma la democracia chilena de que hoy gozamos.

Tenía fe en la fortaleza y posibilidades ilimitadas del espíritu humano, en el poder de la razón, en la capacidad de la inteligencia para iluminar y orientar nuestros caminos y, también, para hacernos mejores. El saber no daba sólo poder, sino también justicia y corrección moral. La tradición clásica que poseía no sólo le dió formas precisas, elegantes y correctas de

pensar, pero además el conocimiento de las vías por donde camina desde hace miles de años la cultura humana, esa flecha lanzada al infinito.

Su espíritu de verdadero humanista, que ambiciona el más amplio conocimiento del cosmos, de la vida y del hombre, lo empujó a una curiosidad insaciable; pero, al mismo tiempo, ordenada y útil, puesta al servicio de una posición creadora y en eso se diferenció notablemente del tipo de erudición latinoamericana, tan apreciada en los círculos intelectuales de su tiempo.

Tenía confianza en el poder de la ciencia como fuerza liberadora del hombre, como elemento indispensable para su mejoramiento moral e instrumento necesario para la explotación de la naturaleza, y fué esa idea la que le inspiró su concepción de la Universidad como hogar científico de toda la nación. No era, para él, la única misión de la Universidad "preparar estudiantes" para el ejercicio de las profesiones que, como él mismo lo subraya, era la idea "heredada de la vida colonial... que considera fin único o principal de la instrucción el llegar a poseer un título profesional". En el discurso que pronunció como Rector de esta Universidad con ocasión del quincuagésimo aniversario de su fundación, decía: "Esa preocupación que la Universidad quisiera ver desarraigada, es causa de que el número de jóvenes que en nuestro país se dedican al estudio de la ciencia por la ciencia misma, sea relativamente diminuto. Sin embargo, ese número aumenta paulatina pero incesantemente y, sin duda, las facilidades que ofrece la Universidad tienden a hacerlo más considerable. Hay en nuestros cursos superiores el empeño sostenido de mantenerse al nivel de los últimos progresos y, en este sentido, no se ahorran esfuerzos ni sacrificios". Más adelante agrega: "En este orden, la acción universitaria no debe detenerse ante ningún obstáculo... la ciencia, como sabéis, ha experimentado en los últimos cincuenta años una renovación... radical y completa... Esta renovación científica ha llegado, en muchos puntos, a conclusiones que son hoy verdades evidentes e indiscutibles, y ha llegado, en otros, a principios cuya comprobación y desarrollo buscan millares de sabios, que seguirán abriendo nuevos horizontes".

Muestra más adelante, en el mismo discurso, la íntima relación que existe entre desarrollo científico y progreso económico. Recordaré esas palabras no sólo porque

son verdaderas y válidas, sino porque hoy, como ayer y mañana, deben escucharse: quienes tienen la responsabilidad del manejo de la política general del país. Dice: "La ciencia prepara todos los maravillosos inventos de la industria que desarrollan la riqueza pública y aumentan nuestro bienestar. Destruyendo errores de todo orden, habituándonos al trabajo de observación, y enseñándonos a guiarnos por ésta, desarrolla y fortifica nuestra razón, da firmeza y corrección a nuestros juicios, eleva nuestro carácter y enaltece nuestros sentimientos, haciéndonos superiores a las miserias y a las contrariedades de la vida. La ciencia, por fin, más que todas las otras manifestaciones de la actividad humana, engrandece a los pueblos en el presente, ante el consorcio de las naciones, y les conquista para más tarde la gloria en los fastos históricos de la humanidad.

Trabajemos sin descanso para alcanzarla".

Palabras son éstas inmortales, que nos enorgullecen y alientan y señalan a los miembros de esta Universidad, profesores y alumnos, un camino de esfuerzos, de luchas y de gloria inaccesible. Este que acabáis de escuchar es, entre los muchos legados que nos dejó Barros Arana, uno de los más valiosos no sólo por su íntima fertilidad, sino porque luchó por él durante toda su vida y por el que fué sometido a duras contrariedades y pesares. Pero ¿qué importaban las incomprendiones que lo acechaban si sabía que su espíritu estaba ligado, con diamantinos lazos, a la tradición más rica y constante de la humanidad? A aquella que él divisaba en todos los grandes combates del hombre y que en renovados planos seguirá sosteniendo hasta la consumación de los siglos. La confianza en el porvenir humano es lo único que nos sostiene en las horas adversas y así lo pensó y lo dijo. Pero, por otro lado, la investigación científica le proporcionó un deleite suave y dulce y el contacto con los grandes espíritus del pasado y, por encima de todo, la posibilidad de descubrir y de crear, mediante el análisis racional de las cosas y los hombres.

La fe en el porvenir del hombre, que animó todos sus actos, como en todo verdadero historiador, sustentó una concepción prospectiva de la historia. Visión del pasado no sólo es educación del hombre, sino indagación en el futuro, proyectarse y abrir la tarea.

Hay en el lenguaje de Barros Arana una madurez, un arte de componer, un adecuado uso de las palabras, una dialéctica en la exposición de los conceptos, una imaginación ponderada y clara que lo hace agradable y flúido y lo señala como un buen estilo didáctico. Es tal vez en ello el mejor maestro de nuestra literatura científica chilena contemporánea.

Muchos jóvenes buscan afanosos el éxito rápido y olvidan madurar sus proyectos, postergando para un más tarde que nunca llega, la tarea esencial de elaborar con precaución y finura de artífices el tesoro de sus vidas. Caen en el vértigo que producen los numerosos pequeños incidentes y llegan desarmados a las verdaderas tareas superiores de la edad madura. Comprenden, cuando ya es tarde, que agotaron sus energías lozanas y creadoras en esfuerzos vacilantes y estériles y que para proseguir con alegría la ruta les falta el carácter. Para ellos sirva la gran vida de Diego Barros Arana de ejemplo estimulante y enaltecedor de lo que es verdaderamente valioso. Escuchó el llamado de su tiempo y supo responder.

*

A continuación, el señor Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, leyó el *Elogio de Barros Arana, educador*, cuyo texto dice así:

MAGNIFICO RECTOR; HONORABLE CONSEJO UNIVERSITARIO; HONORABLES MIEMBROS DEL CUERPO DIPLOMATICO; SEÑOR REPRESENTANTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA ARGENTINA; DEUDOS DE BARROS ARANA; SEÑORES PROFESORES; SEÑORAS Y SEÑORES; ALUMNOS:

UN MEDIO SIGLO se ha enterado desde que en este mismo claustro, convertido en severa capilla ardiente, fueron despedidos los restos mortales de Diego Barros Arana, en presencia del entonces Honorable Consejo de Instrucción Pública, con la asistencia de todo el cuerpo docente de las Facultades y la concurrencia del alumnado de sus aulas. El significado de esa triste ceremonia, el duelo funerario con que esta Casa de Estudios rendía homenaje de gratitud a la envoltura material del esclarecido humanista, que había sido el institutor de la juventud de Chile, tenía las proporciones de un grave y solemne acontecimiento. Era un acontecimiento que se convertía en hecho histórico y que

tuvo la virtud de transformarse en símbolo inspirador de la fuerza de los motivos ideales. Producíase en esos instantes la transfiguración de la obra del Maestro y del historiador. La Universidad recibía como legado, como herencia, para incorporarlo a su patrimonio, el acervo de los ideales espirituales y morales, cívicos e intelectuales de esa existencia, para enriquecerla con su ejemplo, inspirarse en ella en las horas adversas y magnificar así su destino.

También era una época la que se despedía. Era la época de Barros Arana la que se cerraba, para entrar en el dominio de la historia. Todos los caracteres vigorosos de esa personalidad la configuraban. Fué la época que señaló la reforma de la educación. La que marcó rumbos de razón positiva a la enseñanza. La que abrió, con los ramos científicos, sin menoscabo alguno de los humanísticos, la inteligencia de los jóvenes. La época de las luchas sordas y tenaces por la liberación de las conciencias. La de las batallas por la formación de hombres sabios en el conocimiento de verdades sin dogmas; útiles a la sociedad y a sí mismos, por una moral libre, laica y solidaria; fuertes, por un carácter sustentado en el cultivo de la personalidad, hecha para el sacrificio del bien social y del espíritu público. Era la época en que se defendió la docencia del Estado, el Estado Docente, contra las engañosas y sutiles doctrinas de la libertad de enseñanza.

Tal era el legado.

Pero la personalidad que lo otorgaba, el ánimo del cual emergía, era más poderosa todavía, como ejemplo de moral emancipada de las creencias tradicionales, lograda en la más austerísima formación de sí mismo.

Más de medio siglo había durado la época de Barros Arana y tan largo fué también su ardoroso magisterio. Lo inició cuando aún la Universidad no tenía un lustro de existencia, al ser elegido miembro académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades, en 1855, en premio de sus condiciones admirables de historiador. La literatura del género debíale, a los 25 años, el cuadro más completo del drama de la Independencia nacional.

La designación suya ya fué una lucha. Su nombre fué resistido en el seno de la Corporación por un grupo de individuos que en él veían una personalidad demasiodo recia, y en el curso de sucesivas votaciones logró imponerse. El hecho fué como un anuncio del espíritu de combate contra

el ambiente que dominaría al nuevo académico.

Sin embargo, la vocación del educador no había aflorado todavía, y nada ciertamente de su vida de estudiante pareció augurar que un día sería el inspirador y el realizador de la transformación de la enseñanza nacional. Una salud débil, le impidió concluir los estudios, y si se hace excepción del ramo de latín, en los otros fué un alumno sin notoriedad. Pero en la Facultad, al contacto con los maestros que tenían a su cargo la docencia media en el Instituto Nacional y la vigilancia de ella en los establecimientos particulares, Barros Arana comenzó a interesarse por su régimen y por su organización. Desde el día en que entró a participar en los debates de la Facultad, se advirtió su actitud renovadora, el espíritu de reforma que lo animaba, el sentido polémico que lo impulsaba a combatir los resabios de una educación teológica y escolástica, la cual, como una viada, todavía muy fuerte, se mantenía intacta en casi todos los colegios del país. Y Barros Arana, para suerte suya, no había sido víctima de aquel sistema de enseñanza. Cuando se incorporó como alumno al Instituto Nacional, alcanzó a recibir los beneficios de la reforma de 1843, que estableció el nuevo plan de los estudios secundarios que, como él mismo lo dijo, importó un cambio trascendental en la educación pública. Por él se impuso un orden obligatorio de estudios. Comprendía, junto con el latín, la gramática castellana, el francés, la geografía, la cosmografía, la historia, las matemáticas elementales, la filosofía y la literatura. El contraste de este tipo de enseñanza con el que se impartía en otros colegios, le sorprendió al concurrir, como delegado universitario, a los exámenes del Seminario Conciliar de Santiago. En su informe de 1857, debeló los métodos de estudios puestos allí en práctica, hizo una crítica amarga de los textos en que los alumnos bebían las lecciones, y denunció con energía el sistema de pruebas de las promociones.

Esta fué la iniciación de Barros Arana en las tareas del magisterio.

Comenzó a los 27 años con una ruidosa polémica con el clero, y concluyó en 1902, en el Congreso General de Enseñanza a los 72, con una declaración de sus convicciones acerca de la enseñanza religiosa, a propósito de una moral sin dogmas, de la moral independiente, que fué la suya. Desde aquella su iniciación en la ense-

ñanza, Barros Arana convirtiéndose en el renovador incansable de los métodos, sistemas y planes de estudios de la educación. Sin embargo, esto era sólo la parte externa de lo que entrañaban sus propósitos. En el fondo, el pensamiento del reformador era más profundo, porque conjugaba una actitud de rebeldía intelectual, una formación crítica de las inteligencias, una posición de razonamiento. Así concibió el propósito más noble de los fines de la educación.

Los ensueños de Barros Arana fueron realizados en el campo mismo de los medios educacionales en que desarrolló su acción. ¿Cuáles fueron ellos? El de la Universidad, en primer término. Durante 52 años perteneció a la Corporación. Representó al Gobierno como Delegado ante el Consejo Universitario. Por un breve tiempo, fué Secretario General. Por derecho propio fué miembro de esta Casa de Estudios, en su calidad de académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Durante 7 períodos diversos fué su Decano. Por último, fué Rector de la Universidad. Fecundos 44 años vincularon su nombre al Instituto Nacional. Por diez, fué también su Rector. Desempeñó allí las clases de historia literaria, retórica y poética, historia de América y geografía física. Su magisterio dobló al de Bello. En la prosecución de la orientación humanista que el caraqueño quiso para nuestros estudios, Barros Arana fué su continuador indiscutido, y todavía hizo más al integrarlos con los ramos científicos, idea que no fué ajena a Andrés Bello.

Las primeras meditaciones del educador acerca de los vicios, errores y anomalías de nuestra educación, señalaron a Barros Arana uno de los defectos más acentuados de la enseñanza media. Había comentado con muy buenas razones, la necesidad de formar profesores especializados para ella. De 1862, son sus primeras observaciones y convendrá recordar que ellas fueron el fruto de las preocupaciones de un desterrado político, ansioso de servir a la patria, mejorándola por la educación. En Europa, en el curso de los años de 1859 a 1861, consumió en Francia largas horas informándose de los progresos de la educación. Ese destierro suyo, protesta cívica contra los atropellos a la libertad, convirtiéndose en un viaje de estudio. En él encontró la ocasión de renovar su bien incipiente formación intelectual. Decisivo lo fué para las investigaciones históricas, de las

que surgió la *Historia General de Chile*. Lo acercó también a las ciencias, a sus métodos y concepciones positivas, cuando las ideas de Augusto Comte cautivaban las más brillantes inteligencias, y la metafísica parecía haberse hundido para siempre. El criterio realista de Barros Arana, incapaz de abstracciones, se sintió fortalecido con los resultados de los métodos experimentales aplicados a las ciencias y las viejas creencias de ayer, las preocupaciones y sentimientos tradicionales, cayeron hechas pedazos de su espíritu. Determinó, a la vez, su posición frente a los problemas de la educación y de la enseñanza. Visitó las escuelas universitarias y las superiores normales francesas; se adentró en el conocimiento de la planificación de la enseñanza secundaria, posesionándose del régimen de los estudios, y de la orientación pedagógica a que ellos conducían. De regreso a Chile, encontrábase en situación de comparar entre el sistema nuestro y el que prevalecía en la educación gala. A su juicio, ciertas modalidades, algunas de ellas, casi todas, podían aplicarse en nuestras escuelas.

La designación de Rector del Instituto Nacional en 1863, le proporcionó la ocasión de encarar la transformación de la enseñanza. ¿Cuál era el régimen entonces existente? Desde la reforma de 1843, bien poco habíase avanzado. El plan de Domeyko y de Varas, acerca de la introducción y sistematización de los estudios científicos, había escollado en una terca resistencia de hecho, sin justificación. Veladamente se le había desautorizado en nombre de preocupaciones sociales sostenidas por elementos de importancia. Barros Arana, en su adolescencia, oyó esas críticas en su hogar, hogar culto, donde el sentimiento religioso predominaba sin contrapeso. Recordaba algunas opiniones. El estudio de la historia había sido resistido con un peregrino argumento. La historia, llegó a decirse, no necesitaba ser enseñada a los jóvenes, porque todo hombre de cierta ilustración se interesaría por conocerla. El estudio del latín era más necesario que el de la gramática castellana. La especialización del profesorado por asignatura, apenas había caminado, después de las recomendaciones de Domeyko y de Varas. En los métodos de aprendizaje, la situación era peor. Seguía imperando el sistema de memorización, de la repetición mecánica. A un profesor de origen francés, porque hizo expli-

car a un alumno el contenido de la lección, de acuerdo con lo que su entendimiento y reflexión le dictaban, se le llamó muy severamente la atención por introducir en la clase conversaciones que impedían la repetición de la tarea de otros jóvenes que debían obtener sus notas. Ocurrió tal hecho en 1853.

Barros Arana barrió con todos estos sistemas. En el primer año del Rectorado, emprendió la reforma en las líneas generales. El hombre que fué capaz de introducir un plan tan novedoso de innovaciones, estaba dotado de algunas condiciones excepcionales. En la personalidad de Barros Arana, la firmeza del carácter, la independencia, es lo que más se perfila. Luego, la voluntad. Ante ella nada se doblega. No habrá obstáculos que la arredren. El carácter y la voluntad se condicionaban para la lucha. En la inteligencia, había destellos de pasión. En el sentimiento, fe, una mística; siempre un ideal ardiente. Era la fe en el poder de la educación como elemento vital, decisivo, supremo, del progreso moral e intelectual del hombre. La educación, como recurso de disciplina y como elemento de la organización individual y social, estaba llamada a producir los más insospechados dones para el progreso del espíritu humano. Educación y ciencia, expresión esta última sin la cual no era enteramente válida la primera, cambiarían en un futuro no lejano, la mentalidad del hombre y, por consiguiente, la estructura moral e intelectual de la sociedad, la cual, así, habría llegado al destino de la perfección.

Las observaciones acerca de la educación y la enseñanza en Europa quedaron rezagadas en Barros Arana por un momento, mientras él mismo no investigó los fundamentos sociales de la educación, las raíces profundas en que se hundían los postulados pedagógicos, y los resultados experimentales que la afianzaban.

Aunque nunca habló de una filosofía de la educación, por desprecio a todo lo especulativo, y porque sobre los hechos basó siempre las experiencias —el historiador de los hechos está aquí presente—, formuló claras conclusiones; en verdad, una filosofía de nuestra educación. Ella fué abarcada desde los principios generales hasta los detalles de la organización escolar. Adviértase que paralelamente a estas reflexiones, los estudios históricos de Barros Arana no se detuvieron y que dos libros preciosos de erudición, *Los Cronistas de Indias* y la

Vida y viajes de Magallanes, fueron dados a luz durante esta jornada de incansable actividad.

La primera etapa de la reforma emprendida por Barros Arana, encontró eco simpático en el gobierno. El Presidente de la República era su amigo. Además, aunque seguramente muy nublada la visión, por los años que lo alejaban de los Estados Unidos y de los países europeos que había visitado en la juventud como diplomático, encargado de informar de los regímenes de enseñanza, dominaba en el mandatario cierta dosis de excecpticismo sobre las cosas humanas, inacabables en su perfección. El Presidente Pérez no eludía mejorarlas y permitió a Barros Arana realizar sus proyectos, imponiéndose con su fe de hombre joven sobre el bondadoso estadista. Políticamente, la combinación en que se sustentaba el Presidente —la fusión liberal-conservadora— era propicia para el educador en ese momento. Los liberales manejábanse concediendo a los conservadores lo que a ellos no les interesaba. La orientación doctrinal de la educación, todavía controlada por la autoridad eclesiástica, no podía despertarles inquietud. En manos de un hombre como Barros Arana que lo sabían uno de los suyos en cuanto a creencias y que formaba en la fusión, nada podían temer. ¿Ignoraban que ahora, aun antes de salir de Chile y después de su permanencia en Europa, habíase convertido en un agnóstico, en un emancipado, en un librepensador? Su fe sosteníase en el libro de las revelaciones positivas de la ciencia. Habíase quedado en el frío agnosticismo comtiano, que ni al mismo Augusto Comte satisfizo, hasta que no lo idealizó con la Religión de la Humanidad. Pero la imaginación no fué en Barros Arana un don que embelleciera las rígidas fórmulas de las leyes, ni la fantasía adornó su sensibilidad con los colores de la magia que da a los hechos que forman las ideas, los encantos que surgen de la poesía de la verdad, de una relativa verdad, si se quiere, cuando algo se ha conquistado de lo incognoscible.

La rehabilitación del plan de estudios de 1843, fué el punto de partida de las innovaciones de Barros Arana. De su aplicación derivaron nuevos programas y de ellos otras orientaciones para la educación. Los ramos científicos alcanzaron grado de obligatoriedad. Tuvieron desde entonces, carta de naturaleza las ciencias naturales, dirigidas por el sabio Rodolfo Amando

Philippi. Encontraron rango. Luego, las innovaciones de Barros Arana en el Instituto Nacional, se integraron a los demás colegios del país. Todo esto no se había conseguido sin protestas. Las había acallado la opinión culta de los elementos liberales y el apoyo del Presidente Pérez. Pero la tenacidad incontrastable del Rector, su fuerte voluntad ejecutiva y creadora, no dejaban de levantarle en la sombra, todavía, resistencias arteras, críticas silenciosas y enconadas. Eran los estudios científicos los que más alarmaban a ciertos espíritus. Se les creía impuestos con la finalidad odiosa de arrancar las convicciones religiosas de los jóvenes. Cuando Philippi en 1866 publicó los *Elementos de historia natural*, se le estigmatizó como un impío divulgador de las teorías darwinianas, y Philippi en modo alguno comulgaba con las ideas del sabio inglés hacia aquellos días.

Tal era el tiempo. Ese el mundo de las ideas en que se vivía.

Ese mundo de las ideas fué el que quiso ampliar para las inteligencias de la juventud Barros Arana. Le fué necesario renovar algunas de las asignaturas con nuevos planes de estudio. De este impulso nacieron algunas y otras se modificaron substancialmente. La de la Historia de la Filosofía fué una de ellas. No quiso que se enseñara la filosofía misma, en contra de la cual Barros Arana sentía prevención y desconfianza. Apartábale de ella el sentido de la realidad concreta, tan poderoso en su espíritu, ya entonces enteramente dominado por las ciencias experimentales y por las preocupaciones de los hechos —siempre los hechos— que en su mente le imponían rigurosamente las investigaciones históricas. Otra de las asignaturas que nació fué la de la Historia General de la Literatura, y una otra todavía, que era especial para su temperamento investigador por excelencia. El ramo de esta ciencia, la Geografía Física, aveníase armoniosamente con su inteligencia realista. Para todas estas asignaturas consiguió, en la medida que le fué dable, profesores especializados, y con ellos introdujo un orden didascálico diverso al hasta entonces conocido. Quiso que esos profesores desterraran la enseñanza memorística y se diera ocasión al alumno de reflexionar, de incursionar, por lo menos, en las ideas, en los puntos de vista de la exposición del profesor, mediante una clase activa. Siempre le había parecido una de las peores deficiencias en el sistema pedagógico en uso, la condición receptiva

a que se sometía al joven, perdiéndose las oportunidades para dar a conocer sus condiciones intelectuales con la repetición mecánica, de memoria, de la fatigosa lección, o bien en el examen en que el éxito dependía del poder de aquella facultad. Propició y estableció la clase activa, en la cual el joven indagara, preguntara y objetara. Quería el diálogo, el intercambio de las ideas, para con las explicaciones, patentizar las conclusiones del estudio. El plan escolló al principio en la ausencia de buenos textos para las nuevas asignaturas. Sobre ellos el pedagogo tenía ideas propias que aun ahora parecen vivas. "Debo declarar francamente —dijo, en uno de los mejores textos salidos de su pluma— que soy enemigo de los textos elementales en que están indicadas muy concisamente las materias, y que por esto mismo imponen un enorme trabajo al profesor y a los alumnos, dando por resultado final que solo el menor número de éstos recoja algún provecho del estudio. Prefiero para la enseñanza —agregó— los libros más extensos, en que las materias están tratadas con más detenimiento, y por esto mismo con una claridad que los ponga al alcance de todas las inteligencias. Un libro (de estudio) no está destinado a que se le aprenda de memoria. Lejos de eso, él es un nuevo esfuerzo para acabar de proscribir ese sistema de estudio que consiste en aprender palabras y frases sin entender su sentido. A mi juicio, basta que los jóvenes comprendan bien una cosa, aunque no sepan definirla por medio de una frase, más o menos significativa".

El reformador de la enseñanza secundaria hubo de convertirse en escritor didáctico. Debió hacer las clases de algunos de los nuevos ramos: historia literaria, que comprendía, además, la retórica, la poética, la estilística y la composición; la de historia de América y la de geografía física; y al aprehender al enseñar, metodizando y sistematizando las materias, al mismo tiempo que las exponía, fué graduando lo que los textos debían contener. La historia literaria no fué en manos de Barros Arana ni un catálogo de nombres, ni de autores, ni de obras. Después de las enseñanzas de Bello, en que se discutieron los textos y se juzgó el valor estético de las creaciones; después que Vendel-Heyl explicó los recursos de las motivaciones literarias de los autores latinos, fué Barros Arana el tercer profesor de estética literaria, el primer metodólogo de la literatura

entre nosotros, como expositor de su historia, como comentador de la preceptiva y como tratadista clarísimo de ideas y doctrinas, que por cierto no eran las absolutas de un Boileau ni de un Herosilla, y sí las que el romanticismo puso en boga al liberar el arte del convencionalismo clásico. Lo mismo hizo para la enseñanza de la historia americana. Pero aquí el historiador estaba en su centro. ¿Qué historia americana existía hacia entonces que presentara el conjunto de ella siquiera metodizado en el enlace del fenómeno político, social y administrativo, en los dominios españoles? El escocés Robertson la había dejado en el descubrimiento e inicios de la colonización. Barros Arana hubo de organizar esa historia en un cuerpo armónico, que dejó de ser un texto, para convertirse en un tratado original, porque fué el primer historiador de América que presentó en un cuadro de conjunto, ordenado, claro y metódico, lo que hasta entonces no existía: la historia de los períodos de la organización colonial, de la guerra de la Independencia y de la formación de los nuevos estados. Este libro, escrito en medio de abrumadoras preocupaciones docentes, administrativas y políticas, ni en su plan, ni en su contenido, ni en su orientación, ha envejecido. Sigue siendo un buen guía y es un estudio sereno de hechos. Si este texto es perfecto en su plan y en su contenido, si lo anima un estilo sencillo, que es elegante, superior es todavía el de la Geografía Física. Fué de los textos que escribió el que más amó, y en el cual puso el mayor empeño en difundirlo entre toda clase de gentes ilustradas, porque no quiso que fuera sólo para los alumnos. Barros Arana fué un geógrafo a la manera de Humboldt, Ritter y Aragón. La ciencia de la geografía física tenía para él un especial encanto, porque poníalo en contacto directo con fenómenos que le era posible y hasta necesario comprobar. Y aquí conviene anotar lo que en Barros Arana fué una frustración debida al medio de su formación intelectual. Había nacido para la investigación científica, para aquella que se canaliza en la experimentación. El Chile de su juventud nada pudo ofrecerle en un campo virgen. El ambiente era ingrato. Las aptitudes del investigador, fracasadas las posibilidades científicas, derivaron hacia las letras, hacia la historia, principalmente. La historia de los hechos compulsados hasta la saciedad, la historia de los datos extraídos y verificados en los documentos para exponerlos con

claridad: he aquí en lo que concluyó la vocación irresistible de Barros Arana, cuando el campo de la investigación de las ciencias experimentales en su patria, nada pudo ofrecerle. En Europa, en Francia, tuvo que rehacer íntegramente su cultura científica. Ya era tarde para decidirse por alguna especialidad. Los conocimientos básicos eran muy elementales. Las letras, la historia, lo habían ya dominado. Si no fué un hombre de ciencia, como vulgarmente entendemos el concepto, fué un amante de ellas y un conocedor, más o menos profundo, de todas. Cuando habla de cualquier ciencia, al comentar algún tratado, se ve la nostalgia de una esperanza fracasada, y que él hubiera querido fuera la disciplina de su inteligencia. La geografía física, que fué el primer libro que en lengua española se escribió sobre tal materia, le dió oportunidad de revelar cómo se había familiarizado con ese mundo y cómo sentía satisfacción íntima en explicar, con diáfana belleza, las leyes del cosmos. Después de sus estudios históricos y literarios, la geografía física fué la más grata de su predilección, de su espíritu integralmente humanista en letras y ciencias, a la manera de Erasmo de Rotterdam.

Al término del decenio del Presidente Pérez en 1871, el Rector del Instituto Nacional podía considerar casi terminada la transformación de la enseñanza en su establecimiento, la que gradualmente, por su acción batalladora, se implantó en los otros colegios nacionales. Fué, sin duda, excepcional la situación en que se encontró Barros Arana para imponer la reforma. Desde el mismo Instituto, con un cuerpo de profesores eminentes, pudo realizarla. Desde la Facultad de Filosofía y Humanidades, con sus colegas, donde su voz prevalecía con suma autoridad pedagógica, pudo convencer. Después el Consejo Universitario, en su doble carácter de representante de la enseñanza secundaria y jefe de una Facultad, los proyectos de reforma fueron defendidos con calor, y encontraron la aprobación que buscaba para ellos, no sin que a veces, arduos debates provocaran sus concepciones pedagógicas y las finalidades que deseaba para la enseñanza y la educación. También el hombre que encaraba las resoluciones era ya una personalidad consagrada. El historiador aparecía como la más egregia figura de Chile. El crítico literario, el ensayista, figuraba como uno de los intelectuales más destacados de América. El individuo, poseedor

de una cultura de las más ricas, así en lo literario como en lo científico, comparable sólo con la de Andrés Bello, de quien era el sucesor, daba a su personalidad, con esos antecedentes, una influencia señera que la rodeaba de respeto. Los jóvenes lo consideraban el Maestro, y le habían ofrecido el testimonio de una admiración agradecida. Sin embargo, su nombre, que ya adquiría contornos nacionales, tenía fervientes enemigos. La posición ideológica del Maestro, director espiritual de la enseñanza, despertaba las más serias resistencias. Su actitud vigilante de la educación en los colegios nacionales y particulares, pareció a los que dirigían estos últimos, una tiranía, una intervención estatal, contraria a los principios de la libre concurrencia. En cuanto a la educación, como en otros aspectos de la vida institucional del país, en el seno del Partido Conservador, vigorosamente aliado con el clero, comenzaban a agitarse las doctrinas de las libertades civiles, las doctrinas de las libertades económicas, las de comercio, las de trabajo, la doctrina, en fin, de la libre concurrencia, de la cual se esperaba el triunfo de lo mejor y de los mejores. Complemento principalísimo de este cuerpo de ideas, era la libertad de enseñanza. Implicaba la libertad docente y la libertad profesional. El Estado no tenía por qué ser docente, ni intervenir en la otorgación de los títulos profesionales. Los grados académicos, para optar a las profesiones superiores, podía obtenerlos quien los quisiera y donde le conviniera realizar los estudios. También el que lo deseara, podía mantener un establecimiento de enseñanza, y en él, impartir la que creyera necesaria. Una limitación imponía la doctrina: la enseñanza no podía contrariar la moral imperante ni las buenas costumbres establecidas por ella y la religión católica. Después se agregaron dos más: esa enseñanza no podía ir contra el orden público y el plantel educacional tendría que poseer condiciones de higiene y de salubridad.

En 1871, el Partido Conservador era gobierno, y reclamó del Presidente Errázuriz Zañartu, la entrega del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública. Había llegado la hora de hacer prevalecer en la educación las doctrinas sutiles de la libertad de enseñanza. Ellas fueron impuestas por uno de los hombres más hábiles de aquel grupo político, influyente por el rango social de sus miembros, fuerte por el imperio de la fortuna, y más poderoso

todavía, espiritualmente, por las convicciones religiosas que defendía, detrás del cual lo sostenía un clero culto y batallador, que aspiraba a restaurar antiguos privilegios. El Ministro Cifuentes inició la imposición de las doctrinas del Partido en el campo que correspondía a su acción ministerial. El primer paso fué restringir los derechos legales y constitucionales de la Universidad de Chile, que le habilitaban para ejercer el control de los estudios en los colegios privados o particulares, mediante los exámenes anuales a que se sometía a los alumnos. Por una rara coincidencia, los colegios particulares o privados, que habían prosperado en el país, dentro del sistema de la libertad de enseñanza, que consagraba la ley fundamental, eran principalmente confesionales. Se habían desarrollado ante la creciente liberalización de la República, servían las ideas, principios y doctrinas de la fe tradicional, y congregaban en su alumnado a los descendientes de la antigua aristocracia y a los de la nueva, enriquecidos con la transformación industrial del país. La supresión del control de los exámenes en esos colegios, hizo perder, en parte, a la Universidad su misión rectora de la calidad de los buenos estudios, y ya no tendría para qué intervenir en la otorgación de los grados académicos y títulos profesionales, a menos que ella misma los reconociera válidos, y a los estudios que conducían a esos grados y a esos títulos, les diera aceptación. Pero la doctrina conservadora, convertida en decreto, la Universidad no la aceptó, aun cuando obedeció las disposiciones del Ministro. La Universidad entendía que la docencia del Estado era un hecho legal que había consagrado la Constitución de 1833, al convertirla en superintendencia de la educación; al proporcionarle su estatuto orgánico, la tuición de los grados de la enseñanza; al reiterarle, posteriormente, por nuevas disposiciones, atribuciones más estrictas sobre el control y disciplina en los estudios, donde fuera que éstos se impartieran. Si la legislación había constituido un orden semejante de cosas, la tradición educacional española, y la colonial, convenían en el Estado Docente, con una rigidez que las ideas republicanas habían suavizado. En 1810, en 1811, la Revolución señaló la obligatoriedad del Estado Docente. En 1812 y 1813, las leyes y decretos de los Padres de la Patria insistieron en hacer del Estado el único y principal elemento director de la enseñanza y de la

educación. Ahora los rumbos habían cambiado. Pero lo que se quería cambiar era la orientación de la enseñanza. Se la creía abierta a concepciones que tendían a emancipar las conciencias de sentimientos respetables, y en esa afirmación había injusticia e incomprensión. Los colegios privados o particulares, casi todos de las congregaciones religiosas, que fueron favorecidos con la reforma del Ministro Cifuentes, al eximirlos de la fiscalización de la Universidad, quedaron en libertad de organizar a su antojo los planes de estudio. Más aún: podían dar validez universitaria a las pruebas a que los profesores de sus establecimientos sometieran a los postulantes. De la libertad de estudios, se pasó a la libertad de otorgar los títulos para el ejercicio de las profesiones. La libertad de estudios, ¿quién la había combatido? En el pensamiento liberal, tal ataque habría significado la negación de la libertad. La restricción a la libertad de la concesión de títulos profesionales superiores, era una reserva a la libertad de trabajo, impuesta en nombre de una situación ineludible que hablaba al resguardo de los intereses sociales, de idoneidad, competencia, honradez profesional, y de garantía del buen uso de un saber. La libertad de enseñanza no tardó en dar sus frutos. El ausentismo escolar se hizo sentir de inmediato en los colegios del Estado: estudios más fáciles, de los cuales se excluyeron los ramos científicos y los de geografía que nunca disfrutaron del favor social de un determinado sector, agolparon a los jóvenes, impulsados por sus padres, en los colegios particulares. El Instituto Nacional sintió las consecuencias de ese ausentismo, y, algunos de los jóvenes que allí quedaron, pidieron menos rigidez en los estudios, cambios de programas y reducción de asignaturas. El Rector no cambió sus puntos de vista y se mantuvo impávido en el resguardo de un orden de estudios que nada ni nadie le haría rebajar ni quebrar. Su terca negativa significó en el ambiente institutano, primero, protestas, después, aires de fronda, y por último, el estallido de motines. El Rector apareció como incapaz de mantener la disciplina y de entenderse con los alumnos.

¿Vale la pena recordar esta historia triste de nuestra educación? Sí, por las lecciones que de ella se desprenden. La libertad de enseñanza se convirtió en el más audaz peculado. Vendiéronse los exámenes. Se falsificaron establecimientos que

sólo existieron en el papel. Se concedieron certificados de estudios que fueron otorgados por el pago de cualquier suma de dinero. Hubo feria de exámenes y de títulos. En unos cuantos días, en unas cuantas semanas, algunos jóvenes reunieron los comprobantes de estudios de todas las humanidades y los certificados que eran necesarios para seguir la carrera del Derecho. Dos Presidentes de la República, un candidato a ella y un funcionario de un alto establecimiento de cultura, entre otros, así los obtuvieron. ¡No se podía ir más lejos con los beneficios de la libertad de enseñanza! Los resultados estaban a la vista.

Barros Arana denunció estos hechos vergonzosos en el Consejo Universitario. La opinión pública se conmovió y quedó atónita. La situación del Rector del Instituto, mientras tanto, se había resentido con los disturbios del colegio, y también, porque, con todo el peso de su influencia, con todo el inmenso poder de su prestigio, ya en su Facultad, en el mismo Consejo, en la prensa, en el folleto, en el discurso, en el círculo amplísimo de sus amigos, habíase empeñado en una de las campañas más recias de bien público, de higiene pública, como él la llamó, en defensa del Estado Docente y contra, integralmente, la libertad de enseñanza. Fué ésta una de las batallas más serias de su vida; la más tenaz, la más dura, y en la que su carácter mostró un temple y vigor incommovibles, la voluntad una decisión sin quebrantos y la fe no vaciló un solo momento. Dábase perfecta cuenta de que sería la víctima ejemplar de los odios de la campaña de resistencia que había desencadenado en la defensa de principios sustantivos por la dignidad y decoro de la educación. Supo esperar tranquilo la decisión gubernativa. Acalló las protestas vehementes del orgullo y se avino a soportar cuantas vejaciones hicieron para arrancarlo del cargo de Rector, con lo cual se creyó que se despejaría el campo, para que las medidas del Ministro marcharan sin el entorpecimiento formidable que el Rector les oponía. Prácticamente, en 1873, era destituido, mediante una serie de actos administrativos que lo fueron eliminando de sus tareas directivas. ¡Había caído! Pero también se había diplomado el Ministro, y el Partido Conservador que lo sostenía quedaba excluido, proscrito, de las esferas de gobierno. En 1874, en un régimen liberal, era abrogado el decreto de la libertad de exámenes, y derogadas todas las disposiciones que ha-

bían condicionado su aplicación. El Estado Docente recuperaba su fuero. La enseñanza volvía al quicio, al régimen, del cual se le había hecho saltar. Era el triunfo del luchador.

Veinte años después, Barros Arana asumía el rectorado de la Universidad de Chile. Una situación idéntica a la anterior en la política, con el Partido Conservador en el gobierno, volvía a presentarse en la dirección de la enseñanza superior. Fué de tal naturaleza esa situación, que al ser unánimemente reelegido para el período siguiente por el Claustro universitario, el Presidente Errázuriz Echaurren, ex alumno de Barros Arana, se negó, por dos veces, a designarlo Rector. Barros Arana había combatido el proyecto sobre colación de grados universitarios, que establecía que no era necesario haber rendido los exámenes anuales, y sólo eran exigibles las pruebas finales, conforme a un reglamento que dictaría el Consejo de Instrucción Pública. El Senador Abdón Cifuentes era el autor de aquel proyecto.

La acción del rectorado fué señalada por nuevas conquistas para la educación, especialmente para la secundaria. La Universidad había cambiado su fisonomía académica desde la dictación de la ley de 1879, que le concedió cierta autonomía docente y administrativa, y la convirtió en directora de la instrucción pública, secundaria y superior. Barros Arana, como Decano y desde el seno del Consejo, había encauzado aquella ley, haciéndola servir los verdaderos efectos que estaba llamada a producir, y que los dió con largueza durante más de medio siglo. En 1889, le correspondió trazar el plan de la reforma de la segunda enseñanza, que estableció el sistema gradual, llamado concéntrico, y que desde el Rectorado hizo entrar en vigencia. En la creación del Instituto Pedagógico, que realizaba definitivamente su cara aspiración de tener profesores especializados para la enseñanza media, fué el alma que inspiró esta conquista, junto con Valentín Letelier y Claudio Matte. Se hicieron efectivos los programas del plan concéntrico del año 1893, que sólo, en parte, se aplicaron. Combatido por la política partidista sin tregua, dejó el rectorado administrativamente, pero siguió siendo de hecho, como autoridad moral, el Rector de la Universidad de Chile. Por lo demás, era su miembro más ilustre.

En las lides más ardientes por la educación; en los combates más apasionados

en defensa de la libertad ciudadana; en los debates candentes por el triunfo de las ideas libres, sin tuición, sin limitaciones; en medio de las horas de contradicción y de batalla, Barros Arana habíase reservado un campo de paz, de silencio, de estudio, de recogimiento. Era el de su biblioteca. Allí volvía despojado del traje del combatiente, a trazar las páginas de la *Historia General de Chile*, cuya investigación le consumió 50 años de la vida y 18 la redacción. Fué la obra de su existencia, y es la que mejor representa la naturaleza de su espíritu científico y literario. Es la otra herencia que nos ha dejado.

Cuanto sacrificio le fué necesario hacer para escribirla, sin una mácula, lo hizo sin dolor, imponiéndose privaciones en sus gustos y en sus hábitos. Las páginas de la *Historia* carecían de subyugante brillo literario. Estaban escritas con sencillez, con suma claridad, como que pretendían mostrar los hechos del pasado con toda la exactitud que la documentación pudo proporcionarle al historiador. En ellas había entregado sin alarde, con modestia, con honradez, todo lo que sabía y, lo que no supo, lo dijo con un coraje intelectual que hace de su nombre el más alto paradigma de la probidad. ¿Se podría ir más adelante en la investigación? Barros Arana no se hizo ilusiones. Comprendía que la historia, obra del hombre, producto de sus sentimientos para enfocarla, y de su razón para interpretarla, conforme las modalidades de las ideas y de los sentimientos, era un material inagotable. La suya la creyó siempre sometida a estos vaivenes de la naturaleza humana. Pero tenía fe en otra cosa. Tenía fe en que el cuadro que él había trazado, ahí quedaría inmóvil, con sus hechos, con sus datos, con el material sobre el cual la había edificado. Lo que vendría después sería una complementación de esos datos, de esos hechos, y nada más. Tenía razón. La erudición especializada, llenaría los vacíos del relato. Las modas del tiempo, en ideas y en sentimientos, sobre sus datos y sobre sus hechos, darían otras interpretaciones. Escritores más artistas, presentarían mejor las épocas con mayor poder de evocación; filósofos y sociólogos, podrían discutir sus datos y sus hechos, y arrancarles las consecuencias que quisieran. Lo que no se alteraría jamás sería la visión del pasado que él había construido sobre una sólida base de granito. Barros Arana podía esperar la forma y modo cómo la historia, en lo inagotable que ella siempre tiene, sería

renovada, y con tranquilidad contemplar la resistencia de la suya, frente a las nuevas investigaciones que se produjeran ante la natural evolución de una ciencia expuesta a las mutaciones del conocimiento, para llegar a la certidumbre.

Las investigaciones posteriores, sin duda, han retocado el cuadro de la historia, dado luz donde era débil, atenuado colores donde resultaban demasiado vivos, dibujado mejor un perfil, o una figura; completado datos que faltaban y ampliado el horizonte en algunos determinados aspectos. No obstante, la verdad es que hasta hoy, nada ha hecho variar en un ápice, lo fundamental de la larga época que metódicamente historió, desde los lejanos albores de la nacionalidad hasta la organización de ella, con la ley fundamental de 1833. El tiempo no ha pasado sobre la *Historia General de Chile*. El vendaval de las pasiones que en su contra se ha levantado, no ha hecho más que perpetuarla, porque es el fruto de la verdad.

Pasado y presente; lo de ayer y lo de hoy; el sentimiento de lo que fué, que alienta el perfume suave de las cosas idas, descoloridas en su inercia trágica; lo del momento, lo del día, que implica la pasión, la lucha, la responsabilidad de vivir por la conquista del bien y por el triunfo de ideales sociales de justicia: he ahí el mundo en que se debatió Barros Arana. Sobre el pasado, cimentó las conquistas del porvenir, para crear la tradición del alma nacional, en la perennidad de un pueblo libre.

Tal es la síntesis de su obra.

He dicho.

*

Finalmente, el historiador argentino, señor doctor don Roberto Levillier, en nombre de la Academia Nacional de la Historia Argentina, dió lectura al siguiente discurso:

SEÑOR RECTOR DE LA UNIVERSIDAD; SEÑOR DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN; SEÑORAS Y SEÑORES:

ESTE HOMENAJE al insigne historiador Barros Arana, iniciado por la Universidad de Santiago de Chile y su Facultad de Filosofía y Educación tiene, ante todo, como es lógico, carácter chileno. Pero el recordarse por doquier su aniversario, tomó las proporciones de efemérides continental. El origen de esta popularidad es bien conocido, radica en el hecho de que Barros Arana fué no sólo uno de

los primeros y más ilustres evocadores de la historia chilena, sino que enseñó cómo debía de escribirse la de América y desde qué fuentes.

La Academia Nacional de la Historia de mi país, había necesariamente de solidarizarse con tan justa demostración, y nuestro presidente, el prestigioso historiador, doctor Ricardo Levene, me confió esa elevada misión, que mucho lo temo, no será tan bien cumplida como pudo serlo por alguno de mis colegas de más ciencia y autoridad.

Barros Arana fué, fundamentalmente, sembrador de cultura. Pensó antes que nadie en esclarecer las diversas etapas de la historia chilena, y asentó su obra sobre una acción continuada de consultas directas en los archivos, que le permitió adquirir conocimientos más fidedignos y amplios que los de crónicas pretéritas, ingenuas o incompletas.

Contra el concepto de ciertos escritores europeos del siglo XVIII, populares en esa época, desechó, por vanilocuentes, el intento de componer la historia con el uso rutinario de clásicos fragmentos e interpretaciones intuitivas de hechos y personajes. Exigía testimonios más seguros y consistentes, recogidos en fuentes originales y depurados con rigor, porque demasiado bien sabía que la mentira se soterra lo mismo en cartas, provisiones y probanzas antiguas, que en glosas modernas. Discriminar era ineludible.

La política afirmó, providencialmente, su vocación. Obligado a alejarse de su tierra cuando no había cumplido los treinta años, pasó en seguida de Buenos Aires a Río y a Sevilla. Allí fué, en 1860, si no el primero, uno de los primeros exploradores americanos de archivos españoles. En ese año escribía a Mitre desde París: "Creo haberle hablado de mi viaje a España y de mis estudios en las bibliotecas de Madrid y los archivos de Simancas y de Sevilla. Los tesoros que encierra este último para la historia americana son inapreciables, por su cantidad y por su mérito. Pasé cincuenta días de incesante trabajo, y apenas tuve tiempo para hacer la elección de todo lo que debía hacer copiar referente a Chile, y para tomar algunos apuntes y extractos de legajos y expedientes que, teniendo un valor secundario, podían completar el conocimiento de algunos hechos. Estoy persuadido de que no se puede escribir la historia de la conquista o de la dominación española, en ninguna de las

parcialidades de América, sin consultar esos archivos".

Esta inspiración feliz, propagada en Chile, resultó idea-fuerza, pues pronto dió lugar a publicaciones documentales y documentadas, chilenas, promotoras de una reacción adecuada en la metodología histórica. La primera fué la *Colección de Historiadores de Chile*, de Juan Pablo Urzúa, dirigida por Barros Arana y editada en 1861; luego, *Descubrimiento y conquista de Chile*, por Miguel Luis Amunátegui; *Historia de la ciudad de Santiago*, por Benjamín Vicuña Mackenna, siguiendo la vigorosa corriente con nombres ilustres como los de Carlos Morla Vicuña y Crescente Errázuriz, cerrando el siglo XIX, con parte de su vastísima producción, uno de los más fecundos investigadores de América: don José Toribio Medina.

Mitre y Barros Arana se conocieron en Chile, en 1849, muy jóvenes ambos, y volvieron a encontrarse en Buenos Aires, en 1859, sosteniendo después, durante más de cuarenta años, una correspondencia de conmovedora solidaridad intelectual, en la que cada uno ofrecía al otro informaciones, papeles y libros destinados a sus trabajos. Barros Arana admiraba vivamente el *Belgrano* de Mitre y le estimuló a que publicara su *San Martín*, sabiendo que contaba para esa biografía con excelentes fuentes, que él mismo conoció en Europa.

Toda su vida, que fué larga, Barros Arana dió preferencia, con harta razón, a la prioridad documental, o sea, a la exégesis directa hecha en los archivos. La estructura y la redacción dependerían de ella. Así, contruidos con tiempo, han resistido a los años su *Colección de Historiadores de Chile*, sus *Cronistas de Indias*, su *Proceso de Valdivia*, su *Historia General de Chile*, la *Historia General de la Independencia de Chile*, y muchos otros trabajos; sobre todo, biografías.

Su obra de educador corrió paralela con su obra histórica, y fué también trascendente. Director del Instituto Nacional, de 1863 a 1872, sacrificaba su tiempo en preparar compendios para los alumnos y mejorar los programas; pero sus ideas liberales le enajenaron la buena voluntad de las autoridades, y su separación creó en él un gran rencor contra la política. Fué éste un tema de disidencia con Mitre, curioso e interesante. La vinculación amistosa de ellos, descansaba en comunes cualidades señoriles de franqueza y mundo,

un amor a la cultura siempre creciente y una intensa estima recíproca. En historia, les preocupaba, antes que la belleza del estilo, la verdad a secas. Barros Arana era más conciso; los períodos de Mitre, más largos y a menudo oratorios. Por ser afines, no sólo en gustos, sino en doctrina histórica, les animaban los mismos escrúpulos, las mismas obligaciones de conciencia frente a sus lectores. Sentenciaban y filosofaban, pero después de haber reconstruido documentalmente los hechos y averiguado cuánto se pudiese saber de los personajes y las circunstancias. Circulaban entre ellos, sin pelos en la pluma, consejos, elogios y críticas. Barros Arana se había vuelto con el tiempo, como decía él mismo, si no más indulgente, menos agresivo; el origen helénico de Mitre, ponía en su inspiración fuerza y fuego de dialéctica clásica. Además, los altos cargos elevan el tono de la voz; el retraimiento lo modera, y en tantos años de intercambio de ideas, no era posible que la concordancia en los conceptos fuera, para esos seres superiores, perpetua y total. Mitre veneraba las ciencias y las letras, y acumulaba libros, papeles, mapas y monedas de tiempos pasados, con la generosa intención —que cumplió— de legarlo todo a su pueblo; pero la política le fascinaba, y en la lucha entre el sillón de su biblioteca y el coche que aguardaba para llevarlo a la casa de gobierno, al Congreso o al mitin, triunfaba el empuje dinámico, porque sabía, por experiencia, que acabaría por imponer sus proyectos y reformas, defendiéndolas sin cejar contra la oposición.

Barros Arana, al alcanzar los cuarenta y cinco años, aspiraba a la soledad silenciosa. Prefería su gabinete, sus libros y las virtudes modestas del historiador y del crítico, a las luchas cívicas con sus rumbosos premios y tremendos desencantos. Era más escéptico que su amigo y menos seguro de que la voluntad pudiera, con sus frutos, compensar las penosas crisis provocadas por la contradicción de los adversarios, el antagonismo cruel de los intereses creados y las rivalidades entre los propios correligionarios. Pensando en esas notas oscuras, escribía en 1875:

“No comprendo cómo puede haber hombres que teniendo alguna vocación por las letras y las ciencias, abandonen su gabinete por seguir las luchas políticas, en que sólo se recogen injusticias y desencantos; y sólo me explico esta anomalía por los compromisos y las exigencias. Yo mis-

mo he pagado tributo a esos compromisos, en esfera muy reducida y modesta, pero al fin me creo curado de esta debilidad”. No incluía en esas apreciaciones la política internacional, en la cual hacía sentir el talento de su dialéctica, sin perder en la polémica la altura que correspondía al problema y a la amistad intangible existente entre nuestros pueblos. Plenipotenciario en Buenos Aires en 1876, fué, como lo llamó Juan María Gutiérrez, “un iris de paz”.

En 1881, al dirigir a Mitre sus plácemes por haber cumplido sesenta años, reiteraba sus consejos de retiro: “Cuando se ha llenado bien la misión sobre la tierra, prestado a la patria grandes servicios, y cuando se llega a esa edad en buena salud y con la cabeza y el corazón jóvenes, los años no pesan. La edad le da derecho para retirarse un poco de las luchas ardientes de la política, y le permite consagrar más tiempo al cultivo de las letras, que son el mejor amigo de toda la vida”.

“Por mi parte, cada día me fortifico más en la resolución de vivir entre mis libros y de no interesarme por cosa alguna que no sea la lectura y el estudio”.

Aludía en realidad, a las quimeras de los combatientes que, desde el llano, ven fracasar sus aspiraciones en luchas estériles. Pero después en 1881, quedándole más de veinte años por vivir, fué Decano de Facultad, Rector universitario y diputado en varios períodos. Esa supresión de su aislamiento, ese contacto con inteligencias frescas y optimistas, reafirmó su fe en la posibilidad de colaborar en el progreso del país desde los ángulos más diversos de la lucha pública. Su displancia apenas duró, pues, unas horas.

Vidas como las de Barros Arana, arden para el bien de la patria en renovados servicios diarios, al modo del sol, pero agotada la trayectoria, queda atada a su recuerdo la plenitud de lo que *dieron*. Acaso sea la recompensa de esas almas magnánimas, el monumento invisible o real, erigido en torno a ellos por la gratitud, devoción natural de quien alza los ojos ante las cumbres. Es el caso. Nada más justo, pues, que los homenajes rendidos por el continente en estos días, a una de las glorias más genuinas de Chile y de América.

Honor a Chile. Grande es todo pueblo que destacando a los hijos capaces de dar lustre a la estirpe, los inmortaliza con la perennidad de su gratitud.